

de los Macabeos una figura y una profecía al mismo tiempo de la fortaleza milagrosa y sobrenatural de la Madre de Dios. Ella ve con sus propios ojos á sus siete Hijos, á quienes amaba tiernamente y aun más que á sí misma, sufrir, uno después de otro, los tormentos más crueles y la muerte más atroz: porque les cortaron las extremidades de los pies y de las manos, les cortaron la lengua, les arrancaron cruelmente la piel de la cabeza con los cabellos, les tostaron el cuerpo en calderas ardiendo, y así mutilados, acabaron en el fuego y entregaron su espíritu en medio de los tormentos más crueles. Ni la Historia sagrada ni la profana ofrecen un ejemplo igual de barbarie. Jamás los ojos de una madre fueron afligidos por un espectáculo más cruel; jamás el corazón de una madre fué traspasado por un dolor más vivo. «No debe, pues, llamarse á esta mujer magnánima, dice San Agustín, mártir una sola vez, pues que en seguida de sus hijos confesó ella misma la religión y la ley de Dios en medio de los tormentos, y coronó una vida santa con un martirio glorioso (1), sino que se debe llamar siete veces mártir, porque el martirio de cada uno de sus amados hijos fué para ella un martirio nuevo y distinto (2). Como ella los amaba á todos, fué atormentada en cada uno de ellos antes de serlo en su propia persona. Todos sus dolores, todos sus tormentos se le hicieron personales, y el amor maternal repetía cada vez en su

(1) Novissime post filios consummata est mater. (*S. Aug.*)

(2) Septies martir fuit. (*Ibid.*)

corazón la horrible carnicería que veía hacer en cada uno de sus hijos (1).» Mujer admirable sobre toda expresión, como dice el texto sagrado. Madre verdaderamente extraordinaria, heroica y digna del homenaje y de la veneración de todas las almas generosas y piadosas, que tuvo el valor y la fortaleza de ver con ojos enjutos, con rostro sereno y con el alma, no sólo tranquila, sino alegre, la matanza cruel de sus siete hijos en un mismo día (2). Y bien, lejos de quejarse al ver á sus hijos privados de la vida, uno después de otro, del modo más bárbaro, su espíritu se regocijaba; hecha superior á sí misma, llena de una sabiduría divina y de una fuerza celestial, y manifestando sentimientos nobles y un vigor enérgico, exhorta á cada uno de ellos con una atención especial á sufrir religiosamente y á morir con valor (3). Ved con cuánta ternura y con cuánta fuerza se dirige su maternal elocuencia al más joven, al más débil de sus hijos; ved cómo le ruega y le conjura, le insta y le persuade: «¡Hijo mío, le dice, amado y tierno hijo mío, ten piedad de esta viuda tu madre! Acuérdate, hijo mío, de que te he llevado en mi seno, de que te he alimentado con mi leche; acuérdate de los cuidados y de las penas que me ha costado

(1) In omnibus passa est, quia amabat omnes. (*S. Aug.*)

(2) Supra modum autem mater mirabilis, et bonorum memoria digna, quæ pereuntes septem filios sub unius diei tempore conspiciens bono animo ferebat. (*II Mach.*, vii, 20.)

(3) Singulos illorum hortabatur... repleta sapientia, et feminæ cogitationi masculinum animum inserens. (*Ibid.*, 21.)

criarte y hacerte llegar á la edad que tienes (1).» Mas ¿qué quiere, qué pide esta madre desolada con una súplica tan tierna? ¿Es quizá que este último hijo le evite el dolor de verle morir, rindiéndose á las sacrílegas sugerencias del tirano? El tirano lo cree así y se atreve á lisonjearse de ello, y por esta causa recurre á la mediación de la madre para hacer caer al hijo en la apostasía (2).

Mas esta madre heroica teme mucho más por la fe de este último hijo que le queda, que por su vida; ella teme más la apostasía que puede corromper la inocencia de su alma, que los tormentos que van á desgarrar su delicado cuerpo. En ella está la religión más alarmada que la naturaleza. Lo que ella teme no es el furor del tirano, sino la flaqueza de la edad de este hijo, que podría hacerle vacilar; por esta razón le invita con lágrimas y con las expresiones de un amor tan tierno á seguir el ejemplo de sus generosos hermanos y á morir mártir antes que vivir impío, á temer á Dios y á despreciar los verdugos (3).

Pero ¿dónde ha adquirido esta generosa madre tal grandeza de alma? ¿Quién ha podido inspirar á una mujer, á una madre, un valor tan extraordinario? La

(1) Fili mi, misere mei, quæ te in utero novem mensibus portavi, et lac triennio dedi, et alui, et in ætatem istam perduxì. II *Mach.*, VII, 27.)

(2) Vocavit rex matrem, et suadebat ei ut adolescenti fieret in salutem (*Ibid.*, 25.)

(3) Ut non timeas carnificem istum, sed dignus fratribus tuis effectus particeps suscipe mortem. (*Ibid.*, 29.)

esperanza firme é incontrastable, dice la Escritura, que ella había puesto en Dios de los felices resultados que estas palabras habían de producir, no sólo en sus hijos, que eran las víctimas, sino también en todo el pueblo, que recogería el fruto de ellas (1). Por esta causa el último de sus hijos decía al morir: «Yo muero gustoso para hacer á Dios propicio á mi pueblo. Yo estoy cierto de que mi muerte y la de mis hermanos tendrá una fuerza de expiación en presencia del Dios Todopoderoso. Nosotros somos unas víctimas por las que será satisfecho y apaciguado su justo furor contra nuestra nación (2).»

Y ¿quién no ve en este ejemplo de sublime fortaleza, de generosidad extraordinaria y de una piedad profunda, dado por la invencible madre de los Macabeos, la figura sensible de un valor mucho más noble, de una generosidad todavía más extraordinaria y de una piedad mucho más perfecta, cuyo ejemplo dió la Madre de Jesucristo en el Calvario? Es cierto que la primera ve á sus siete hijos inmolados en su presencia, y que María no ve más que á uno solo; pero este Hijo único de María, no sólo vale más que los siete Macabeos, sino que vale infinitamente más que todos los hijos de los hombres reunidos, supuesto que es también Hijo de Dios. María, pues, le tenía un amor ma-

(1) Propter spem quam in Deum habebat. (II *Mach.*, VII, 20.)

(2) Ego... animam et corpus meum trado... invocans Deum maturius genti nostræ propitium fieri... In me vero et in fratribus meis desinet Omnipotentis ira, quæ super omne genus nostrum juste superducta est. (*Ibid.*, 37, 38.)

yor que el amor reunido de todas las madres á sus hijos; por consiguiente, como ya lo hemos hecho notar, según la doctrina de los Padres, su corazón fué más dolorosamente atormentado por la vista del suplicio cruel de su Hijo único, que el corazón de todas las madres que han sido espectadoras de los padecimientos y de la muerte de sus hijos. Si la madre de los Macabeos es siete veces mártir, porque vió morir á sus siete hijos, María es infinitas veces mártir, porque vió morir á un Hijo que vale tanto como una infinidad de hijos.

Por lo demás, la figura tiene puntos de semejanza bastante claros con el objeto figurado. El dolor se renovó siete veces en el alma de la madre de los Macabeos, por causa de sus siete hijos; y el dolor se renovó otras siete veces de una manera especial en el alma de María, por causa de Jesucristo, su Hijo único; y si la primera fué martirizada siete veces, la segunda fué atravesada otras siete veces por la espada del dolor. La madre de los Macabeos piensa menos en la cruel catástrofe que la priva de todos sus hijos á la vez, que en la indignación de Dios, provocada por las prevaricaciones de Israel, y que va á ser apaciguada, satisfecha y alejada de su nación por el sacrificio de esta santa y generosa familia; y el pensamiento de la salvación de su pueblo le hace sufrir este espectáculo con tanta tranquilidad (1). María piensa menos en el aconteci-

(1) In me... et in fratribus meis desinet Omnipotentis ira, quæ super omne genus nostrum juste superducta est. (II *Mach.*, VII, 28.)

miento doloroso que la priva de su Hijo único, como observa San Ambrosio, que en la cólera de Dios, inflamada por las prevaricaciones de los hombres, y que va á ser aplacada por la inmoción de su Hijo; este pensamiento de la redención del mundo le hace sufrir con tanto valor la vista de las llagas de Jesucristo (1). La madre de los Macabeos, lejos de quejarse de ver que sus hijos están destinados á servir de víctimas expiatorias para un objeto tan noble, desea ardientemente y llama con la mayor alegría el momento en que ha de consumir esta grande expiación con el sacrificio de su propia vida; ella se adelanta al furor del tirano y lo provoca; ella no está satisfecha hasta tanto que sea sacrificada también como sus hijos (2). María, dice San Ambrosio, lejos de quejarse de ver que su Hijo, la santidad y la inocencia misma, es sacrificado por un mundo culpable, quisiera también sacrificarse Ella misma con El; por esta razón, dice el mismo San Ambrosio, procura excitar contra sí la rabia de los verdugos de Jesucristo, y se ofrece á su furor (3). Finalmente, la madre de los Macabeos, dice San Agustín, se hace más fecunda al entregar sus hijos á la muerte que cuando les dió la vida; porque se hace espiritualmente como la madre de su pueblo, al que con-

(1) Expectabat piis oculis Filii vulnera, ex quibus noverat hominibus redemptionem futuram. (*S. Ambros.*)

(2) Novissime autem post filios et mater consumpta est. (II *Mach.*, VII, 41.)

(3) Maria sese persecutoribus offerebat. (*S. Ambros.*)

firma en la verdadera religión con el ejemplo de su heroica virtud (1). María igualmente se hace una Madre más fecunda cuando pierde á su Hijo con dolor que cuando lo concibió con alegría; pues por un Hijo de que se priva, adquiere una multitud de hijos. Ella entrega á Jesús á la cruz, y en El y con El se hace Madre de todos los cristianos (2). ¡Dolores fértiles, padecimientos verdaderamente fecundos de la Madre de Dios! ¡Herida de su tierno corazón verdaderamente preciosa para nosotros! Nosotros hemos sido engendrados en este corazón por sufrimientos, como Jesucristo fué engendrado con su sangre en su seno purísimo. Este seno fué el tabernáculo del Hijo de Dios; este corazón es el arca de salvación de los hijos de los hombres.

(1) Fecundior virtutibus quando filii passi sunt, quam foetibus, quando nati sunt. (S. Aug.)

(2) Suis in cruce doloribus hoc etiam promeruit, ut non solum Joannis, sed omnium credentium Mater diceretur et esset. (Rup.)

CAPÍTULO XIV

Al someterse Jesucristo á la pena que Dios habia impuesto á Adán, quiere que María se someta también á la pena que Dios habia impuesto á Eva. María habia concebido á Jesús sin concupiscencia y le habia parido sin dolor. Exenta en su parto divino de la pena á que están condenadas las demás mujeres, «de parir con dolor», experimentó cruelmente esta pena en el Calvario, al dar á luz espiritualmente á los hijos de los hombres. Raquel es una figura de este misterio.

Dos cosas muy distintas hubo en la catástrofe ocurrida en el edén: el pecado que Adán cometió y el castigo en que por él incurrió, la culpa y la pena.

Materialmente no hubo más que un pecado, pero moralmente este pecado fué complejo; fué un semillero de pecados, porque de parte del hombre hubo *rebelión manifiesta y desobediencia* al precepto de Dios; hubo *orgullo*, y *orgullo* diabólico, en querer hacerse semejante á Dios; hubo *incredulidad*, en otorgar su confianza al demonio, que prometía la divinidad, y en retirarla de Dios, que amenazaba con la muerte; hubo *impiedad*, en creer que Dios mentía, y que sólo habia prohibido comer el fruto misterioso para no encontrar un rival en Adán, y no para evitar que se hiciera culpable. Hubo, finalmente, un pecado de *sensualidad*, al preferir satisfacer la vista y el paladar más bién que respetar el precepto divino.

Habiendo sido múltiple el pecado, lo fué también el